

Prefacio

Valentine Yves-Mudimbe

Este libro cumple con las expectativas de los lectores y asigna al lector un papel crítico en una tarea analítica. El proyecto puede ser abordado desde diferentes perspectivas principales. Estas son las claves y, al mismo tiempo, centran el debate sobre el propio concepto que constituye su objeto, la “mezcla”. En primer lugar, lo que es como fenómeno, cómo y por qué debería ser central en nuestra interrogación actual sobre conceptos como hibridación, criolización, etc. Y, en segundo lugar, el libro sugiere formas de entender la “mezcla”, relativas al hecho de que esta cuestión tiende casi siempre a acentuar tensiones como las que oponen el blanco y el negro. Por lo tanto, una invocación de colores. A menudo, los estudios más generosos sobre la “mezcla” invocan por lo general la necesidad de trascender esta tensión por sus implicaciones raciales, transformando así cuestiones de color en cuestiones de ética social. Este estudio señala una urgencia. Su preocupación reside en la “mezcla” dentro de los contextos culturales, así como en las maneras de interpretarlos. El libro aborda, en primer lugar, la “mezcla” en sí, y a continuación examina los enfoques intelectuales, y describe cómo pensar esta “mezcla” y sus formas.

Michel de Certeau popularizó una afirmación de sentido común: “nadie habla desde la nada”. La simplicidad de la afirmación es, en la actualidad, un gran desafío filosófico. Para entenderla, hay que restringirla en el tiempo y en el espacio, en la conjunción de ambas

dimensiones. Cualquier discurso sitúa un contexto socio-cultural y la afirmación de Michel de Certeau tiene que ser situada también en el ahora, entendido en el sentido del *nun* aristotélico y en cada contexto socio-cultural. Esto quiere decir que la singularidad de la declaración varía en el tiempo y en el espacio. La “mezcla”, como concepto, se refiere a experiencias concretas. Es la actualización de la representación aristotélica de un presente en una diversidad de culturas.

Gracias a las aportaciones de las filosofías de la existencia en el siglo xx, hemos llegado a entender que existe una conjunción entre lo diacrónico y lo sincrónico, la historia y la sociología o la antropología. En este sentido, cualquier discurso da testimonio de la “mezcla”. Uno puede hacer uso de una consideración que es obvia por su pertinencia. Al inicio de su obra *Antropología estructural*, Claude Lévi-Strauss señala un aspecto importante al ser crítico con los especialistas de ciencias sociales que tienden a oponer radicalmente la antropología a la historia como dos puntos de vista irreconciliables en la práctica de la producción de conocimiento. Cualquier experiencia humana se sitúa en un lugar que siempre puede ser aprehendido desde una perspectiva histórica y antropológica. Su definición no puede más que asumir el efecto de los ejes sincrónicos y diacrónicos. En esencia, la “mezcla” es conceptualmente lo propio de toda experiencia humana. La “mezcla” es un efecto de lo que histórica y sociológicamente constituye e individualiza la especificidad de cualquier experiencia humana en relaciones de complementariedad y subordinación.

Lo histórico y lo antropológico, o lo diacrónico y lo sincrónico en las dos disciplinas son perspectivas que dan testimonio intelectualmente, y de forma extraordinaria de la “mezcla”. Como Lévi-Strauss demostró, ambas disciplinas tratan sobre sociedades que no son las del investigador: la historia, acerca del pasado y la antropología sobre el presente. Ambas tratan la alteridad de su objeto: para los historiadores, el pasado como una alteridad; para los antropólogos, la alteridad como muestra de una diferencia cultural en el presente. Ambas requieren un método apropiado para interpretar qué pasó o qué está sucediendo en una sociedad que a menudo no es la del investigador.

De hecho, hay una diferencia entre las dos percepciones, la histórica y la antropológica.

Son diferentes en función de la inteligencia con la que se entiende la singularidad de la alteridad a describir por el discurso científico. El proceso acentúa la complejidad de la realidad que se entiende como “mezcla”. En efecto, tendemos a olvidar lo obvio. La alteridad del pasado estudiado por el historiador establece paralelismos con lo sincrónico estudiado por el antropólogo.

Sin embargo, hay diferencias. Este es el momento de invocar de nuevo a Claude Lévi-Strauss, quien demostró de manera convincente una evidencia. El trabajo del historiador se mueve desde lo explícito de documentos y monumentos, es decir, desde las representaciones conscientes de logros del pasado y sus interpretaciones, hasta la reconstitución de lo inconsciente, de un dominio que es una invención. El antropólogo, en cambio, se sumerge a través del trabajo de campo en una cultura diferente. Lo que subyace la visión cotidiana de una experiencia social diferente permite a la mente pasar progresivamente de lo visible y lo consciente a su dimensión inconsciente.

Por lo tanto existe una fuerte similitud entre la perspectiva histórica y la antropológica. Ahora bien, este acuerdo de los dos discursos en una “mezcla” disciplinaria adquiere una distinción fundamental que evidencia dos variaciones culturales en conflicto. Son horizontes de análisis de la “mezcla”. En efecto, el historiador se mueve desde una perspectiva consciente a una inconsciencia cultural del pasado, mientras que el enfoque de la antropología en relación con una identidad cultural no occidental, por ejemplo, hace exactamente lo contrario, partiendo de una inmersión en una inconsciencia cultural con el fin de aprehender, describir y producir intelectualmente una alteridad consciente. Ambos enfoques son testigos de la experiencia de la conceptualidad de la “mezcla”.

Dos perspectivas, diacrónica, con los historiadores, y sincrónica, con los antropólogos, demuestran que, en efecto, nuestros discursos científicos observan la “mezcla” intelectualmente al menos desde tres puntos de vista. En lo referente a la cultura, existe una interacción

entre dos tipos de percepciones, la histórica y la antropológica. Existe también una interacción entre dos tipos de métodos técnicos opuestos. De hecho, y más exactamente, se trata de dos tipos de énfasis: desde lo consciente a lo inconsciente de una cultura, y a la inversa. La vida cotidiana –como bien queda evidenciado en este libro– tiende a centrarse en oposiciones fáciles, demasiado fáciles, –blanco y negro, macho y hembra, Norte y Sur, etc.–. Estas olvidan que lo que determina la tensión de esta cuestión de la vida cotidiana está en nuestra percepción y en nuestras prácticas para interpretarla, incluso en las prácticas más científicas.

Este libro, en primer lugar, puede ser abordado desde la organización de sus capítulos y sus argumentos temáticos. La primera parte introduce el concepto de la “mezcla”. La segunda trata lo obvio, la “mezcla” desde dinámicas espaciales concretas. A modo de ilustración, se presenta cómo la “mezcla” se materializa de forma concreta en las relaciones del color y, más claramente, entre el blanco y el negro: el blanco como un color esperado y el negro como una alteridad. Y, la tercera parte sugiere una voluntad de acceder a la noción y la realidad de la alteridad de una manera diferente. La organización es muy práctica y se lee muy bien. Uno, la cultura como un sistema inquieto; dos, blanco *versus* negro; y tres, cómo pensar la “mezcla” desde dentro de una cultura, formas de hablar acerca de la cultura en términos de maneras de interpretar la cultura, y las demandas de reformular de la cultura.

Me parece claro que se podría vincular temáticamente este libro, sumamente instruido y contemporáneo, a la primera parte del libro de Maxime Chastaing de principios de los años cincuenta, *L'Existence d'Autrui* (Presses Universitaires de France, 1951). Al final de esta obra filosófica que aborda la complejidad de la relación de cualquier sujeto con otras personas, hay una sorprendente referencia que es una modificación sutil del *cogito* cartesiano: “dudo acerca de lo que pienso”. La cuestión es cómo enfrentar lo obvio: contra el solipsismo, el hecho de que, por un lado, «dudé sobre el mundo porque me estaba confundiendo a mí mismo con Dios, y con cuerpos, y contigo». Y, por

otro lado, «no podría haber dudado de ti porque estoy seguro de ti». En efecto, se impone lo obvio, soy un ser-para-otros. Y eso es un ejercicio fenomenológico. Como lo es la lección de Claude Lévi-Strauss: Yo soy el otro.

Hay una importante bibliografía que atestigua el hecho de que el tema de la “mezcla” no es solo una cuestión de cultura. Como se indica en párrafos anteriores, también se trata, más exactamente, del “color” del pensamiento y por lo tanto de la diversidad de las percepciones desde prácticas disciplinarias. Y esto lo refleja perfectamente *Pensar la mezcla*.

Uno podría leer *Pensar la mezcla* partiendo de tres conceptos fundamentales. Utilicemos los conceptos de Michel Foucault: vida, trabajo y lenguaje. Estos determinan una biología, una economía y una lingüística. Interactúan en la práctica de la vida cotidiana con la política de la identidad de un Yo, un Tú, un Nosotros y un Ellos. La autora de este libro presenta claramente cómo en la cultura, como sistema organizado, la alteridad de la “mezcla” se debilita a sí misma en las tensiones de los efectos de la vida, el trabajo y el lenguaje. Contribuyen a las organizaciones del “corazón de las tinieblas”. De hecho, para pensar la “mezcla”, uno aborda fronteras asimétricas: un lenguaje de etnicidad y raza, así como un lenguaje de identidad nacional y sus adjetivos en términos de interpretación. Todos ellos contribuyen a lo que uno podría ver a propósito de la existencia de una alteridad en los procesos culturales de producción y las relaciones sociales dentro de una cultura y en las experiencias transculturales.

Hay una filosofía relativa a la existencia obvia de la otredad y su complejidad. Gracias a este trabajo, es posible ver líneas de pasiones sociales en torno a la “mezcla”; es decir, maneras en los lenguajes y en las disciplinas a las que hacen referencia, en relación a una diversidad que modifica el concepto de ser-para-otros. Y, por ejemplo, se hace posible referirse a Chastaing a propósito de la verdad del lugar común cultural que tiende a concebir a la mujer como símbolo de ángel y animal en las pinturas, así como concebir dichas variaciones de la alteridad como una llave para acceder al campo conceptual de la

“mezcla” en el ámbito de las ciencias sociales”. Estas indican la urgencia de la tarea de clarificación conceptual que este libro asume con competencia y elegancia. Esta investigación describe un problema y cómo este puede enfrentar percepciones sociales, señalizaciones culturales y metáforas pasadas que trascienden las fronteras culturales. Su objetivo es otro.

Es la visión de la “mezcla” que ha sido temida como ese monstruo que podría venir a dominar percepciones, conflictos basados en preconcepciones y maneras de gestionar las diferencias culturales en la economía política y los universos simbólicos...

De hecho, se trata de como pensar la realidad de la “mezcla” en nuestro contexto presente, detrás de las historias de positivities culturales y en desde una perspectiva que trasciende fronteras.

Y este libro fuerza al lector a resituar la diversidad y la diferencia, así como los modos de posicionar y nombrar la “mezcla” en un mundo hecho de proposiciones teóricas y concretas en conflicto que hoy en día traspasan fronteras.

Berkeley, 8 de mayo de 2014

